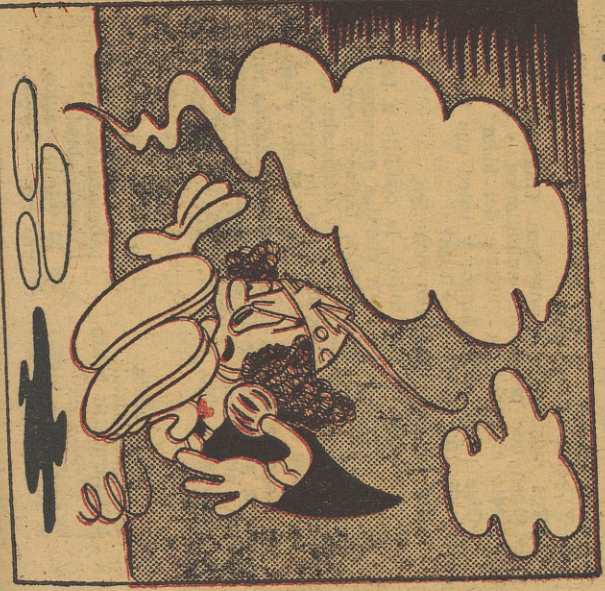
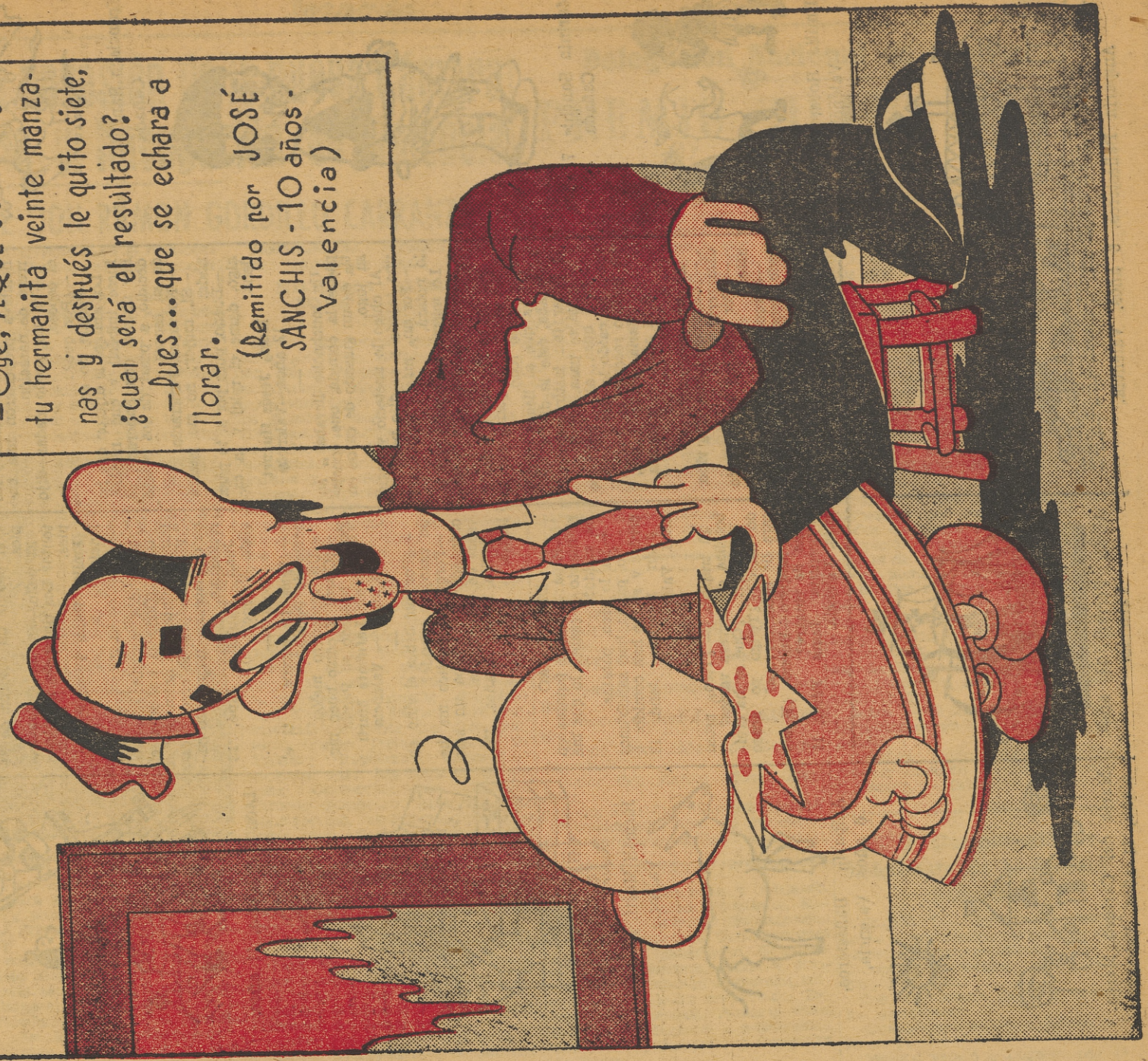


—Oye, "PEQUE": si le doy a tu hermanita veinte manzanas y después le quito siete, ¿cual será el resultado?
 —Pues... que se echara a llorar.
 (Remitido por JOSÉ SANCHIS - 10 años - Valencia)



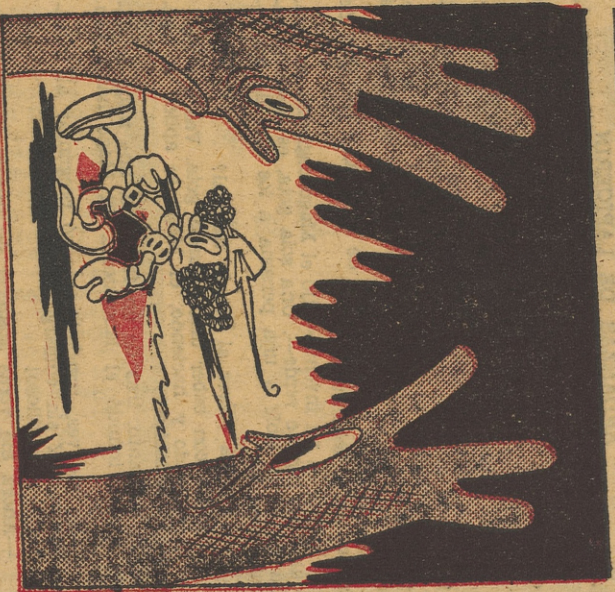
Interior de la bola mágica, una chiquilla bellísima lloraba desconsoladamente.
 —¿Por qué llora?—preguntó.

ANDANZAS DE LAPICERIN



BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

ración, se acercó a una de las mesas, sobre la cual y en un pequeño «acuario», dos ranas croaban a más y mejor.
 —¡Croac, croac!—cantaban las ranas—. ¡Croac, croac!—debajo del agua.
 El Mago echó en el acuario un par de gotas del elixir verde y un humo espeso y blanco se extendió por la sala, al propio tiempo que se dejó oír un pequeño



BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

—Bola, bolita de limpio cristal: muéstrame tu fondo no llevas a mal. Revuélvete los aires, el fuego y la tierra; muestrame a Grandullón.
 —Ahí está—dijo el Mago a tiempo que aparecía en la bola la estirpe del gigante.
 dime los secretos que tu cuerpo encierra. ¡Abraacadabra! En tu espejo mágico, muestrame a Grandullón.



ANDANZAS DE LAPICERIN

¡FLAFF!
 El suelo se hundió bajo sus pies. Sintió una sensación de vacío; notó cómo caía dando vueltas en una sisma profundísima, y poco después, un golpeazo tremendo, que le hizo perder el sentido.
 Lapicerín había caído en una trampa.

Polidomación INFANTIL



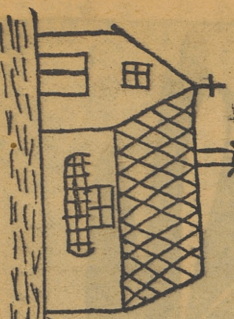
Francisco Sanchez, 11 años
Cañada



Marina Sanchez, 7 años
Cañada



Emilio Roca, 12 años
Valencia.



Amperin Ballesteros, 6 años, Valencia.

CHISTES

Una familia había ido con unos amigos de merienda y los hombres propusieron una carrera de natación.
—Yo no puedo nadar—dijo el esposo.
—¿Por qué?
—Porque no sé.
Los amigos le dijeron que no fuese imbecil y que nadase. Por último, don Pancracio se decidió, a pesar de los riesgos de su esposa.
—No vayas, Pancracio.
—Si, mujer, no me pasará nada.
—Bueno, pues por sí te pasa algo, dame el reloj y la cadena.
—**Maria, Jesús Huguet**
12 años.—Valencia

El marnero.—En una ocasión pesqué un tiburón de 34 pies.
El pollo.—¿Se cree que soy londo? Los tiburones no bienen pes.
Emilio Roca, 12 años. Valencia.

Entre dos amigos:
Uno.—¿Conoces a López, el famoso pintor de animales?
El otro.—¡Ya lo creo! Acaba de hacerme un retrato pa-recidísimo.
Juan Bautista Jané, 13 años. Valencia.

—¿Qué te parece a ti el novio de Pepita?
—Un verdadero melón.
—¡Claro! Y como buen melón, ha buscado su Pepita.
Antonio Lafuente Martí, 12 años.—Valencia

—¿Por qué bebes el vino en un vaso tan grande?
—Porque el médico me ha ordenado que «beba un solo vaso» de vino al día.
Emilio Roca, 12 años. Valencia.

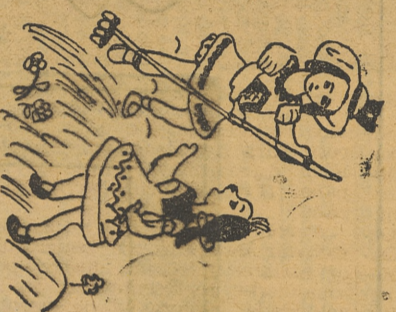
DESENGANO
—Papa: ¿Sembre patatas en el huerto y ¿sabes lo que me ha salido?
—Ya lo creo, patatas.
—No, papa: han salido unos cerdos y se las han comido.
Juan Bautista Jané, 13 años. Valencia.

En un restaurante:
—¿Cómo se llama este vino, camarero?
—¿Por qué me lo pregunta usted?
—Porque como está batido, zado debe tener algún nombre.
Antonio Lafuente, 12 años. Valencia.

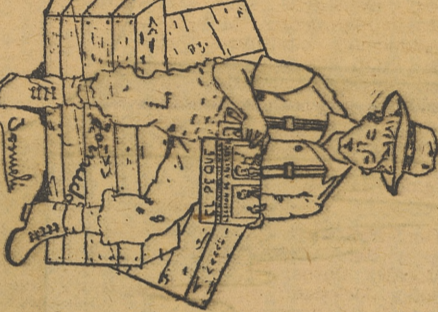
El trapero.—¿Tiene usted botellas de cerveza vacías?
La mujer.—¿Qué se ha creído usted? ¿Tengo yo acaso cara de beber cerveza?
El trapero.—Bueno. ¿Y botellas de vinagre?
Vicentita Iana Pérez, 11 años. Valencia.



Alicia Ferrer, 14 años, Valencia.



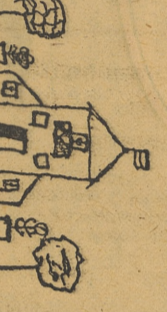
Leonor Sanjuán, 11 años.



Josmel Martí, 12 años, Valencia.



Amperin Ballesteros, 6 años, Valencia.



Maria del Carmen Merenciana, 11 años, Valencia.

—¿Qué te parece a ti el novio de Pepita?
—Un verdadero melón.
—¡Claro! Y como buen melón, ha buscado su Pepita.
Antonio Lafuente Martí, 12 años.—Valencia

El marnero.—En una ocasión pesqué un tiburón de 34 pies.
El pollo.—¿Se cree que soy londo? Los tiburones no bienen pes.
Emilio Roca, 12 años. Valencia.

Entre dos amigos:
Uno.—¿Conoces a López, el famoso pintor de animales?
El otro.—¡Ya lo creo! Acaba de hacerme un retrato pa-recidísimo.
Juan Bautista Jané, 13 años. Valencia.

—¿Por qué bebes el vino en un vaso tan grande?
—Porque el médico me ha ordenado que «beba un solo vaso» de vino al día.
Emilio Roca, 12 años. Valencia.

DESENGANO
—Papa: ¿Sembre patatas en el huerto y ¿sabes lo que me ha salido?
—Ya lo creo, patatas.
—No, papa: han salido unos cerdos y se las han comido.
Juan Bautista Jané, 13 años. Valencia.

En un restaurante:
—¿Cómo se llama este vino, camarero?
—¿Por qué me lo pregunta usted?
—Porque como está batido, zado debe tener algún nombre.
Antonio Lafuente, 12 años. Valencia.

El trapero.—¿Tiene usted botellas de cerveza vacías?
La mujer.—¿Qué se ha creído usted? ¿Tengo yo acaso cara de beber cerveza?
El trapero.—Bueno. ¿Y botellas de vinagre?
Vicentita Iana Pérez, 11 años. Valencia.

—¿Por qué bebes el vino en un vaso tan grande?
—Porque el médico me ha ordenado que «beba un solo vaso» de vino al día.
Emilio Roca, 12 años. Valencia.

ANDANZAS DE LAPICERIN
estampido. En pocos momentos se disipó el humo y pudo verse que el laboratorio no había sufrido variación alguna, pero en cambio las ramas habían desaparecido, aunque se oía perfectamente su canto.
—¡Croac, croac!—cantaban las ramas.—¡Croac, croac!—deja el agua.
El Mago, que en aquel preciso momento había descubierto el elixir de la invisibilidad, vio el resultado de su experimento con gran alegría. ¡Verdaderamente, aquel descubrimiento era maravilloso!
Dejándose llevar de su alegría, paseaba la estancia de Norte a Sur, pres, de un ramalazo de optimismo. De pronto se detuvo, se dio una palmada en la frente y salió del salón.
Lapicerin, sorprendido por lo que había visto, quedó con la boca abierta. Y como la ventana a que estaba encamado estaba tan abierta, como su boca, dejando un hueco por donde podía pasar, se introdujo por él, y saltando al suelo se situó en el centro del laboratorio.
—¡Caramba, caramba! Esto es magnífico—exclamó con un silbido de admiración.
Allí estaba el líquido verde al alcance de su mano. Pero no se atrevió a tocarlo. En el «acuarium» rebullían las ranas, aunque no había forma humana, de veras. El agua se movía en todas direcciones y hasta algunas gotas saltaban, de vez en vez, fuera del recipiente.
Tan absorto estaba en la contemplación de aquellos aparatos extraños, que no oyó como la puerta giraba sobre sus goznes y el Mago hacía de nuevo su aparición en el laboratorio.
Lapicerin, al notar la presencia del Mago, se echó a temblar. ¿No había sido una imprudencia imperdonable su entrada en el laboratorio? Pero, por fortuna, el Mago era de muy buena pasta, y al poco rato eran los mejores amigos del mundo, y sostenían el siguiente diálogo:
—Has tenido suerte, Lapicerin.

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

La cabeza de nuestro muñequito era un torbellino. ¡Libertaria a Pitusa! ¡Ya lo creo que la libertaria!

—¡Tiembra, infame Grandullón!—pensaba.—Lapicerin va en su busca.

El bosque parecía cada vez más envuelto en el misterio. Los árboles miraban a Lapicerin con ojos codiciosos y movían sus ramas, produciendo con sus hojas ruidos extraños, capaces de intimidar pánico en el corazón más valeroso.

Pero en nuestro amigo no hacían mella. Y el mullido de una china continuaba avanzando. ¿Qué le importaban a él los árboles, el bosque, las ramas, las hojas, ni el viento? Sólo deseaba tropezarse con Grandullón para obligarle a la entrega de Pitusa.
De pronto, se detuvo y se dio una palmada en la frente.
¿Dónde buscar a Pitusa? ¿Dónde encontrarla a Grandullón?
Lapicerin volvió sobre sus pasos para preguntarle al Mago el camino que debía seguir, pero aquel bosque parecía un laberinto, y por grandes que fueron sus esfuerzos, no logró encontrar la morada de su simpático amigo.
Viendo, pues, la imposibilidad de su intento, y confiando en su estrella, que le pondría sobre una pista segura, se internó por una pequeña senda. Pitubam, pitubam... Lapicerin caminaba incansable.
Ya veía el final del bosque, cuando...

REVOLTILO

ADIVINANZAS

—¿En qué se le parece un barco a un altar?
Solución: En que los dos tienen velas.
Luisita Sanchois
8 años, Valencia

—¿Qué diferencia hay entre los postes del telegrafo y los juguetes?
—La de que los postes son palos grandes y los juguetes son pa... los chicos.

—Entre dos paredes blancas hay una flor amarilla y se le puede presentar al mismo Rey de Sevilla.
Solución: El huevo.
Julio Muelas
11 años, Valencia

—¿En qué se parece un libro a la mano?
—En que los dos tienen adices.

—¿Cuál es el pez que lleva corneta?
—El pez-cuezo.

—¿Cuál es el pez que siempre el último?
—El delphin.

—¿Cuál es la planta que anda?
—La planta de los pies.

—¿En qué se parece un hombre a un árbol?
—En que los dos tienen troncos.
Alejandro Mira Moneris
11 años, Valencia

—¿El que me hace no me quiere!
—¿El que me compra, no me usa!
—¿El que me usa no me ve!
Solución: El ataud.
Emilio Roca Ruiz
12 años, Valencia

—¿A qué vuelta se acuesta el gato?
Solución: A la última.
Francisco E. Fernández
15 años, Gijón

—¿Qué hay que hacerle a un burro para que no sea burro?
Solución: Pues entretenerle.
Francisco E. Fernández
15 años, Gijón

Los sinónimos

Un joven muy rico y muy ignorante hojaba, por casualidad, el Diccionario de la Lengua, y se encontró, con sorpresa, de que "juzgado" y "equitativo" son sinónimos.

A los pocos días quiso lucirse en casa de un zapatero, delante de varios parroquianos, y le dijo, probando unas botas:

—Maestro, no me sirven. Me están demasiado equitativas.

¿Qué le dijo?

—¿Qué le dijo el capitán al jefe de escuadra que tenía la cabeza gorda?
—Cabeza, doble variación derecha.
Francisco Sánchez
11 años, Valencia

—¿Qué le dijo el paladar al café sin azúcar?
—Don Quijote el pobre está amargado.
Francisco Sánchez
11 años, Valencia

—¿Qué le dijo la mujer al marido que se fué en un barco... y no volvió?
—El se fué en un barco...
Rafaelita Sánchez
8 años

Ingenuidad

Llegó un viajero a una posada, pidió de comer y le sirvieron un pollo asado, que era lo único que quedaba.

Tan seca y trasnochada estaba el ave, que el viajero preguntó a la criada:

—¿Pero qué tiempo tiene este pollo?
—No puedo decirlo a usted... contestó la moza— porque no llevo más que quince días en la casa.

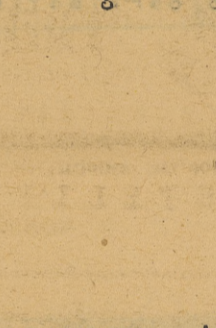
En defensa del artículo

—¡Chorizos de Extremadura! —gritaba un vendedor por las calles.

Le llamaron desde una tienda para preguntarle por el precio y dijo en parrotiquiano:

—¡No los compren ustedes...! Yo me estado en Extremadura y sé que los ponen carne de borrico.

—Este hombre miente. —contestó el vendedor—. Si hubiera estado en Extremadura hubiera vuelto con un cerdo en chorizo.



No hay luz que se encienda en la inteligencia que no vaya a encender su fuego en el corazón.
AHREUS

Los jóvenes suelen decir lo que hacen: los viejos, lo que hicieron, y los necios, lo que quieren hacer.
BASTUS

Los hombres que vuelan

Los hombres que vuelan

La multitud se agiaba a sus pies con frenesí, y a medida que se acercaba, la muchedumbre se hacía más densa. Los automóviles pasaban por la carretera en medio de una espesa nube de polvo, y hasta el aviador llegaban los trompetazos con que los conductores avisaban a la gente para que se apartara.

Indudablemente le aguardaban, y los automóviles le seguían hacia la ciudad, procurando mantenerse a la misma altura que el aviador. Este apresuró la marcha, dejó atrás los vehículos, detenidos a menudo por otros carruajes que marchaban en dirección opuesta o por los paseantes, y por el campo aéreo, libre de todo obstáculo, dirigió la proa de su aeroplano hacia la próxima meta.

—Marchal debe haber llegado ya—pensaba—. ¡Habrá le-

tegrafiado a París su victoria! ¡Bah! ¡Es igual! ¡Ya nos veremos! ¡Roma está aun muy distante!

Antes de tres cuartos de hora llegó a Dijon; pero sobre las calles de la población, vió que encendían los primeros faroles. Los establecimientos estaban espléndidamente iluminados y la muchedumbre seguía agitando. En la plaza de la iglesia ondulaba un mar de cabezas humanas, a lo largo de la valla que limitaba el espacio reservado a los aviadores.

El gentío se disponía a ovacionar a Marchal; Bonnard oía las voces.

—¡Maldito seas!—murmuró—. ¡Yo te juro que no continuaré un camino sin obstáculos!

Había llegado al punto de parada; detuvo el motor, las hélices dejaron de girar, y, como un gran pajarraco, el aeroplano bajó suavemente a la plaza; una salva de aplausos saludó su llegada. Saltó de su aparato y se vió rodeado por una multitud de entusiastas deportistas.

(Continuará)

El avión de ganar el premio y ser coronado rey de los aires en Campidoglio, había enloquecido materialmente a Bonnard. Quería a todo trance llegar a Roma en primer término; la gloria tiene encantos seductores; étega con su brillo hasta a las personas más modestas, y Bonnard no tenía nada de humilde; así que la gloria no necesitó hacer grandes esfuerzos para cegarle. Pero su plan había fracasado.

Marchal no se había aproximado a la que él creía su víctima, porque el destino lo había dispuesto así y porque la vergüenza que su acto le produjo no se lo permitió. Esta casualidad hizo que no cometiera un crimen repugnante y Marchal pudo librar la piel, emprendiendo el vuelo con rumbo a Italia.

Se levantó pálido de coraje, por el fracaso de su intento. Se acercó a su aeroplano, que sólo había sufrido una ligera avería, y reparada ésta en pocos minutos puso el motor en marcha.

Poco después, se lanzaba a los aires.

La tarde comenzaba; el aeroplano, caminando sin cesar hacia Dijon, pasaba sobre los pueblos borgoñones.

En algunos puntos acogían la llegada de los aviadores con conciertos discordantes que daban las bandas de los orfeones rústicos.

Un solo pensamiento animaba a Bonnard: alcanzar a Marchal! Ya no temía hallarse a Bonnard; jalcanzar a Marchal! Ya no temía hallarse a Bonnard; jalcanzar a Marchal! Ya no temía hallarse a Bonnard; jalcanzar a Marchal!

Una hora después, franqueaba Armazón, luego una cadena de montañas; siguiendo después la vía férrea de Dijon, se dirigió hacia la ciudad que se había designado para hacer el descanso de la noche.

Cuando aparecieron las primeras casas, y los campanarios de la capital borgoñona, el aeroplano tenía el cielo de luces azarrajadas.

LISTA DE LOS COMPONENTES DE LA FALLA INFANTIL CORREGERA Y ADYACENTES

FALLA NUMERO 4

Presidente, Manuel Ribera, 14 años; vicepresidente, Mariano Albalat, 11; secretario, Julio Giménez, 12; tesorero, José María Pérez, 13; contador, Andrés...

Los niños

Los niños

—¿En qué se le parece un barco a un altar?
Solución: En que los dos tienen velas.
Luisita Sanchois
8 años, Valencia

—¿Qué diferencia hay entre los postes del telegrafo y los juguetes?
—La de que los postes son palos grandes y los juguetes son pa... los chicos.

—¿En qué se parece un libro a la mano?
—En que los dos tienen adices.

—¿Cuál es el pez que lleva corneta?
—El pez-cuezo.

